

tentativa análoga á la que en el orden económico quiere aproximar al consumidor y al productor, suprimiendo los intermediarios. No puede decirse que sea ésta una lógica realista, porque tal palabra se ha empleado históricamente para designar una concepción enteramente opuesta, pero es una lógica *real*, que recae sobre las cosas y no sobre las ideas. Es lo que quiere decir Stuart Mill cuando llama á la lógica tal como la entiende *lógica de la verdad*, en oposición á la *lógica de la consecuencia (consistency)* (1). Deja entenderse que los hechos de que aquí se trata no son realidades exteriores al espíritu, cosas en sí. Sólo M. Spencer se atreverá á llevar el realismo hasta allá. Para Mill son solamente las sensaciones ó las imágenes producidas inmediatamente en nosotros al contacto de las cosas, en una palabra, los equivalentes ó aproximaciones más exactas que tenemos de las cosas mismas. Por supuesto que esté uno á acercarse á la realidad, nadie, y Stuart Mill ménos que nadie, puede pensar en hacer abstracción total del espíritu. Los hechos no son más que estados de conciencia. Mill es y permanece siendo fiel discípulo de Berkeley. Pero en tanto que estos estados de conciencia son inmediatos y primeros, que son dados y concretos, se puede tomarlos por las cosas mismas y sobre todo, distinguirlos de las creaciones ó combinaciones ulteriores que el espíritu forma al unirlos entre sí. Hé aquí el principio de la lógica tal como la concibe Mill.

No debemos sorprendernos despues de esto, que los mismos axiomas que sirven de fundamento á las matemáticas, sean considerados como frutos de la inducción. Bain reduce esos axiomas á los dos siguientes: 1.º el axioma de la coincidencia mediata (cosas iguales á una tercera son iguales entre sí); 2.º el axioma de la igualdad de las sumas de cantidades iguales (las sumas de cantidades iguales son iguales). Excusado es decir que el Sr. Ruiz participa de la misma opinión, pasando en seguida á probar con Mill el carácter empírico de los axiomas, valiéndose de los mismos ejemplos y reduciendo á unas cuatro hojas las veinte y tantas páginas que el filósofo inglés consagra á esta importante cuestión. Ya el patriarca del positivismo, Augusto Comte, habia establecido que «la geometría y la mecánica deben ser consideradas como verdaderas ciencias naturales, fundadas lo mismo que todas las otras en la observación,» atribuyendo la opinión común que considera la geometría como una ciencia puramente racional, á un «resto de influencia del espíritu metafísico que tan largo tiempo ha dominado aún en los estudios geométricos.» Para contestar los argumentos que oponen á semejante teoría los partidarios del conocimiento racional, Bain establece tres consideraciones entre las cuales figura, la siguiente: «Segun las leyes de la creencia, toda experiencia que no ha sido contradicha tiene en su favor toda la fuerza de que es capaz nuestra creencia instintiva,» y en este caso están las verdades matemáticas. El Sr. Ruiz no encontró suficiente este argumento, y tuvo razon, prefiriendo traducir algo de lo mucho que trae Mill sobre este punto. Por ejemplo, cuando contesta con *une des propriétés caractéristiques des formes géométriques, qui les rend aptes á être figurées dans l'imagination avec une clarté et une précision égales á la réalité.* (Mill). «La experiencia ha enseñado que una de las propiedades características de las formas geométricas, consiste en que

(1) *Sistema de lógica*, lib. II. cap. III, 9.

pueden ser figuradas en la imaginación con tanta claridad y precisión como las formas realizadas en el exterior.» (Ruiz.) Francamente, nos parece más consecuente con los principios positivistas la opinión de Ueberweg formulada en estos términos: «Aunque las proposiciones fundamentales tengan en sí mismas una certidumbre simplemente asertiva, sin embargo, el sistema matemático, producto del trabajo de los siglos, tiene como todo, como conjunto, una certidumbre apodictica que extiende sobre las proposiciones particulares.» De lo que parece segun observa Tiberghien «que los antiguos no estaban tan convencidos como nosotros de que la línea recta es el camino más corto de un punto á otro, y que nuestros descendientes, gracias á la experiencia, estarán mucho más seguros todavía de que el cuadrado de 2 es 4.»

Creemos innecesario detenernos más en probar una verdad que de seguro ha penetrado ya en el ánimo del lector, y es que la deducción, tal como la entienden los positivistas y es connotada en la definición que de ellos ha tomado el Sr. Ruiz, no es tal deducción, pues se concibe ésta sin principios superiores á toda experiencia, que sólo la razón puede darnos. Además, si estamos reducidos únicamente al método empírico, que equivocadamente llaman científico los positivistas, hay que renunciar á la esperanza de construir cualquiera ciencia, pues nunca pueden tener tal virtud los hechos aislados del mundo fenomenal. En efecto, ¿cómo resolver la cuestión relativa á la legitimidad del conocimiento, una vez que se ha eliminado al yo como punto de partida y á Dios como principio de todo cuanto existe, tanto en el orden subjetivo como en el objetivo? ¿Cómo asegurarnos de que nuestras ideas corresponden á los procedimientos de la naturaleza en el mundo exterior? ¿Cómo escapar, en suma, á las negaciones del escepticismo absoluto, ni qué valor puede tener esa inducción que tan alto se preconiza, cuando se le ha quitado la única base en que puede apoyarse sólida y firmemente?..... «Quiéralo ó no M. Mill, dice Lachelier, (1) lo cierto es que ese escepticismo es el fruto natural y siempre renaciente del empirismo. Si la naturaleza no es para nosotros más que una serie de impresiones sin razón y sin vínculo, bien podremos afirmarlas ó más bien sufrirlas, en el momento que se producen; pero no podemos predecir, ni siquiera concebir su producción futura. Lo que el empirismo llama nuestro pensamiento, en oposición á la naturaleza, no es más que un conjunto de impresiones debilitadas que se sobreviven á sí mismas: y buscar el secreto de lo porvenir en lo que no es más que la vana imagen de lo pasado, es pretender descubrir en sueños lo que debe sucedernos durante la vigilia. Nosotros queremos asentar la inducción sobre una base sólida: no la busquemos más tiempo en una filosofía que es la negación de la ciencia.»—J. M. VIGIL.

### EL MATERIALISMO.

El hombre es doble, alma y cuerpo, alma superior al cuerpo por las facultades y por el destino: tal es la creencia fundamental del espiritualismo. Por el contrario, el materialismo cree que no hay más que el hombre físico, ejecutando diversas funciones por diversos órganos; que el cerebro es capaz de pensar, sentir y querer, como los pulmones de respirar, y el estómago de digerir. A sus ojos lo que se llama lo moral del hombre, no es más que lo físico bajo otro punto de vista: los espiritualistas han tomado un órgano por un sér.

Trátase aquí de establecer la distinción entre el alma y el cuerpo; la existencia de un sér invisible, distinto del órgano, que es en cada uno de nosotros el yo, y de reducir á su justo valor los argumentos en que se apoyan los materialistas para confundir naturalezas esencialmente diferentes, suprimiendo en el hombre al hombre mismo. Hé aquí desde luego las pruebas que invenciblemente atestiguan, segun nosotros, la existencia del alma.

1.º Los astros se mueven, el ámbar se electriza, el imán se vuelve hácia el Norte, la sangre circula: hé aquí otros tantos hechos ¿cuál es su causa? Antes de encontrarla, se la ha buscado largo tiempo tal vez; propuesta esa causa, no ha sido universalmente admitida; algunos la han negado, proponiendo en seguida otra; éstos encuentran una sola, aquellos varias, y ninguno está de tal manera cierto de haber hallado la verdad que no abrigue escrúpulos ni busque todavía. La causa del movimiento de los astros es su natu-

(1) *Del fundamento de la inducción*, pág. 30.

raleza eterna, un géneo que reside en cada uno de ellos; una fuerza animada que los aproxima ó los aleja, el mecanismo de Descartes, la atracción de Newton. La causa de la electricidad es un fluido, quizá dos. La causa del magnetismo es un fluido que se mueve en los cuerpos, á ménos que sea una corriente que envuelve la tierra. La causa de la vida es Dios, quien sólo produce y dirige el movimiento; es la irritabilidad, el fluido nervioso, los espíritus animales. No conozco, pues, directamente todas esas causas que animan la naturaleza y mi propio cuerpo: las supongo; mi espíritu descansa un momento en ellas, despues las abandona para continuar su carrera en el descubrimiento de nuevas causas.

Hay una, sin embargo, que no ignoro en ningun tiempo, que jamás discuto, que nunca niego; no la supongo, la veo. Decir que la veo en su efecto, sería expresarme mal: veo su efecto en ella cuando le produce, y cuando, energía pura, le retiene todavía. Esta causa es yo. Al testificarme mi conciencia, un pensamiento y una voluntad, no experimento ninguna dificultad en saber quién piensa y quién quiere: la causa de estos fenómenos está bajo mi mirada; no se hace más ó ménos cierta; no creo en ella con mayor firmeza que á medida que la observamos; el tiempo y la reflexion no me enseñan nada sobre esto; desde el principio mi fé es entera y permanece inalterable.

Yo, que me conozco, soy pues distinto de todas las otras causas que imagino. Y no es que me conozca por accidente, es mi esencia misma. Pensar ó saber que pienso, sufrir ó saber que sufro, querer ó saber que quiero, es todo uno: es imposible suprimir el actor que produzco, de la conciencia que tengo de él; suprimida esta conciencia, aquel no existe. Por el contrario, puedo ignorar, y realmente ignoro hechos innumerables que suceden en el mundo por la operacion de otros agentes. Ignoro enteramente la multitud infinita de las cosas que pasan á esta hora, lejos de mí. No sabría que mi sangre circula, no sabría que tengo nervios y cerebro, si otros hombres no me lo enseñaran. La sangre circula en las arterias ó venas de los hombres desde que hay hombres; el descubrimiento de la circulacion de la sangre es de ayer. Tengo, pues, el derecho de decirlo sin temor de ser desmentido: si hay en el mundo dos especies de causas, la una que conozco directamente y cuyos actos siempre conozco; la otra que no conozco sino indirectamente, que obra sin que yo lo sepa, que no es nunca, aun cuando aparezca con la más alta evidencia, sino una hipótesis, esas dos especies de causas son esencialmente distintas; yo soy la primera de esas causas y sólo ésa.

2.º Yo tengo conciencia de un solo sér; todas mis acciones, todas mis modificaciones se refieren á un solo centro. Yo quiero, amo, aborrezco, sufro, gozo, recuerdo, ratiocino; es un mismo sér que afirma de sí todas esas operaciones diversas; yo soy quien quiero, quien amo, quien ratiocino. Cuando en el mismo instante tengo calor en una mano y frío en la otra, no hay dos seres, de los cuales uno tenga calor y el otro frío; es el mismo el que experimenta á la vez esas dos sensaciones contrarias; soy quien tengo calor, yo que en el mismo momento tengo frío. Yo no soy varios, soy uno; ahora, cada hombre dice otro tanto de sí mismo. Yo que soy uno, ¿qué soy? ¿materia tal vez? Pero si la materia es extensa y siempre extensa, divisible y siempre divisible, toda parte contiene otras partes al infinito: ninguna unidad, pues; ningun individuo, ninguna persona; me busco en vano en esa multitud, ciertamente no estoy allí. Si pues para crearme corpóreo, es preciso que renuncie á crearme un solo sér, forzado á rechazar una opinion ó el más evidente testimonio del sentido intimo, abdicando de mí mismo, no vacilo, y tengo al materialismo por una falsedad. Si quereis que la materia no sea divisible hasta lo infinito, sino que se componga de elementos simples, siempre es compuesta, y yo no soy tampoco un número determinado, lo mismo que no soy una infinidad de seres; yo soy yo, soy uno.

Extendiendo esta conclusion, afirmo que donde quiera que la materia se encuentra, le es igualmente imposible producir los efectos que no podría producir en mí. Puesto que en ninguna parte hay pensamiento, voluntad, sentimiento sin conciencia, y que la unidad de conciencia trae consigo invenciblemente la unidad del sér, está prohibido á la materia pensar, porque para pensar se necesita saber que se piensa; le está prohibido querer, porque para querer se necesita saber que se quiere, y se necesita además un pensamiento que la voluntad produzca. Llegando más lejos todavía, afirmo que donde quiera que hay

una causa, tenga ó nó conciencia de sí misma, hay un sér simple. Toda causa es necesariamente una, y una causa múltiple no será nunca sino una composicion de causas igualmente distintas, sea que se contrarién ó se concierten.

3.º Pero la vida también es una, como el principio del pensamiento, como toda causa. ¿Por qué no sería yo? Sin duda que todas las causas son simples; pero igualmente simples por la esencia, difieren por la accion, y por esto se distinguen. Toda la virtud de la vida consiste en reducir á la armonía elementos numerosos, ántes esparcidos: recibe, excluye, compone y descompone. Suprimid el número, no puede ya ejercerse, no existe. No es ésta la virtud del alma: ella no combina, no desagrega, no necesita, de toda necesidad, un conjunto de moléculas que colocar en orden; su efecto propio es el pensamiento, el sentimiento, la voluntad inmatereales é indivisibles. Suprimid el cuerpo y toda materia, ella puede ser, puede obrar. Que el cuerpo obedezca ó no á su mandato, basta que haya mandado; en la inercia de los órganos su autoridad permanece entera, se aumenta aún con esa misma inercia, sea que se esfuerce en vencerla, ó que renunciando á ello se repliegue sobre sí y reanime la vida interior. Así el alma vive en sí misma, la fuerza vital es toda exterior, no son, pues, dos causas iguales, ni tampoco una sola y la misma causa.

4.º Quien habla de formas, de colores, entiende que hay en el espacio partes cercanas, una sustancia múltiple ó cierto número de sustancias. Suprimid el número, suprimis el fenómeno. Estas ideas, están pues, invenciblemente ligadas, la una da la otra de toda necesidad. Por el contrario, ¿qué es un pensamiento, una voluntad, un sentimiento? ¿Traen consigo estos fenómenos la nocion de extension, de número? Nó, sin duda. Una sustancia simple es, pues, incapaz de color, de forma, etc., como una sustancia múltiple es incapaz de pensamiento, de voluntad, etc., de todos esos fenómenos que nada tienen que ver con el espacio y la pluralidad. La sola comparacion de los hechos internos y externos, hecha abstraccion de la conciencia que nos revela directamente la sustancia de los primeros, cayendo sobre la sustancia de los otros, esa comparacion, decimos, basta para establecer la inmaterialidad del alma.

5.º La naturaleza obra sábiamente, proporcionando en todos los casos los medios al fin. Nadie pone en duda este principio: naturalistas y metafísicos confian igualmente en él. Los que consideran al mundo como efecto de una causa inteligente y libre, y los que no ven más que el desarrollo fatal de una materia eterna y necesaria, por lejos que estén unos de otros, se encuentran en ésto. Si pues el hombre es uno, no habrá más que un destino hácia el cual convergerán todas sus facultades; si por el contrario, se encuentra que hay dos órdenes de facultades al servicio de dos destinos extraños uno al otro, será preciso concluir que hay dos seres también. Ahora, no se necesita una observacion muy profunda para reconocer en el hombre ese doble movimiento. Supongamos que sea un sér puramente físico, su destino será la perfeccion de la vida física; tendrá lo que tiene ahora, órganos de digestion, de respiracion, de circulacion, etc.; sentidos para alimentar y preservar esa máquina interior; instintos para moderar su movimiento y reposo; inteligencia, en fin, bastante para conocer lo que le es útil, para perfeccionar y suplir el instinto. Tal es, efectivamente en general, la organizacion de los animales: nada en ellos turba el destino físico, nada le sobrepasa, todo le sirve. El adagio de Hipócrates se aplica aquí con rigor, todo concurre, todo conspira, todo consiente. Observad al hombre, y quedais desconcertados: esa unidad que debeis encontrar en él, no existe. Sér inteligente, una sed insaciable de verdad le devora; la ama por sí misma, busca su belleza, no sus frutos. A veces encuentra esos frutos que no procura: la industria, hija de ciencias en apariencia estériles, lo atestigua; pero la teología, la filosofía, nada tienen que hacer con la salud del cuerpo; la metafísica, tan vana á los ojos de los materialistas, seduce y seducirá siempre á las inteligencias. ¿Qué contradiccion en mi sér hecho para vivir y vivir bien! Esta sábia naturaleza da al hombre alas para arrastrarse. Más todavía, compramos la verdad al precio de nuestros placeres materiales, de nuestra salud, de nuestra vida misma, mientras que debe ser esclava de nuestra vida, de nuestra salud y de nuestros placeres. ¡Oh prodigio de sabiduría!

Nuestras pasiones también no deberian tener más que un objeto, el bienestar del cuerpo. ¡Cuánto nos separan, sin embargo, del mundo de los sentidos, nos elevan del mundo

material en que deberian fijarnos, nos obligan á romper con las delicias de la vida, y con la vida si es preciso! El hombre expone á cada instante esta existencia que es su todo, la sacrifica por bienes invisibles. En fin, en una criatura toda corpórea ¿qué significa una ley moral que relega la solicitud de la dicha debajo de la solicitud del deber, y en el último extremo la solicitud de la dicha corporal?

El hombre tiene evidentemente dos destinos, y evidentemente es doble. El cuerpo tiene su perfeccion, que es el mejor estado de los órganos; el alma tiene su perfeccion, que es el cumplimiento de la verdad, del amor y de la virtud. La carrera del alma es infinita, la del cuerpo limitada á algunos dias; por consiguiente, secundaria y subordinada; y esos combates que el alma da al cuerpo no son una contradiccion del poder que ha hecho á ámbos, sino la razon misma que pone cada cosa en su lugar, lo principal ántes de lo accesorio, el tiempo despues de la eternidad.

Hé aquí los principales argumentos, muy sólidos segun nosotros, en que reposa la distincion del alma y el cuerpo. ¿Tratamos por ventura de negar que si se pudiera ir hasta el fondo, comprender la naturaleza, la esencia de los últimos elementos en que se resuelven las cosas materiales, se llegaría hasta un elemento simple, una mónade, una fuerza? De ninguna manera; nosotros no tratamos de negarlo ni de afirmarlo tampoco. No es ésta la cuestion entre el materialismo y el espiritualismo. Descartes y Leibniz son contrarios en este punto. Descartes es espiritualista, y ¿quién se atrevería á acusar á Leibniz de materialista?

Tampoco se trata del espiritualismo en las investigaciones de los sábios que estudian las condiciones materiales de las sensaciones. Bien pueden describir el artificio de las impresiones, contar los nervios y los músculos; adelantarán la física y la fisiología, pero es preciso que lo reconozcan porque es la verdad, por más que expliquen hasta en sus menores detalles el juego de los órganos, no saldrán de la impresion del movimiento; por adelante que vayan, estarán siempre muy léjos de la sensacion de la conciencia; entre las condiciones y el fenómeno, entre la impresion y la sensacion, entre el movimiento y la conciencia no háy relacion ninguna.

¿Qué importa? dirán los materialistas. ¿Qué importa que el movimiento y la conciencia sean de esencia diferente, si el uno determina á la otra, si á consecuencia de lo que pasa en los órganos se producen pensamientos, sentimientos, voluntades que dependen de los primeros? Lo que se llama el alma no será siempre mas que otro aspecto del cuerpo. Dicen bien; este es el nudo de la cuestion. El argumento, tan antiguo tal vez como la reflexion humana, se ha fortificado al través de los siglos con todos los hechos nuevos que la ciencia ha recogido, y sería invencible á estas horas, si otra experiencia que desmiente á aquella, no se aumentara tambien de dia en dia, recordando á los hombres que el cuerpo no es señor absoluto de nosotros mismos; que el alma obra sobre él, y recíprocamente, manteniéndose por su energía en medio de los más rudos ataques.

El estado del cerebro hace, pues, nuestro espíritu y nuestro carácter, nuestras ideas y nuestras pasiones, segun los materialistas; modifícale y modifícais la moral del hombre: se siguen invariablemente. Lo abierto del ángulo facial determina lo abierto del espíritu. El volúmen del cerebro da espíritus vastos y espíritus estrechos. La salud y las enfermedades del cerebro traen consigo la salud de la razon y sus enfermedades: actividad, inercia, regularidad, desórden de la inteligencia, tienen allí su única causa. Vienen los hechos en apoyo, y los materialistas nos sorprenden por la multitud de observaciones. Los espiritualistas á su vez traen hechos enteramente contrarios: espíritus notables bajo una frente deprimida, é imbeciles bajo una frente prominente; grandes espíritus en una cabeza pequeña, y pequeños espíritus en una grande; en fin, graves lesiones del cerebro sin locura, y locura sin lesion. Los hechos desmienten á los hechos, la observacion destruye á la observacion. Preciso es confesar que esta es una base muy vacilante para levantar un sistema, sea materialismo ó espiritualismo. Direcciones fácilmente engañosas, evaluaciones arbitrarias, medidas exclusivas en que no se tiene en cuenta lo duro ó blando del cerebro, ni otras influencias que un momento despues se consideran como decisivas y que pueden contrariar ó secundar la influencia que se quiere sea dominante; todo eso no es ciencia, y tendríamos que desesperar de resolver alguna vez la cuestion entre el materialismo y el espiritualismo, si de una y otra parte sólo se dispusiera de se-

mejantes argumentos. Fijémonos en hechos claros é indiscutibles. Preténdese que la locura es siempre efecto de una alteracion cerebral; ¿es exacta esta observacion? Seguramente que la locura más de una vez proviene de esta causa; pero tiene tambien otras: la ambicion, el amor, la devocion, que no se negarán sin duda. ¿Son éstas causas físicas? Además, si la locura más de una vez tambien se cura por un tratamiento físico, á menudo desaparece por un tratamiento moral. En muchos casos los dos procedimientos separados tienen buen éxito, y en otros muchos se combian con felicidad. Ahora, una idea que se fija, una pasion que se vuelve exclusiva por debilidad de la voluntad, no es sin duda una lesion nerviosa; y el médico que corrige un mal juicio, que distrae al enfermo de una pasion dominante, no obra ciertamente sobre el cerebro, ni repara ninguna lesion. ¿No se ve aquí manifestamente un sér que puede, es verdad, recibir menos-cabo de un sér extraño, pero que es en difinitiva dueño de sí propio, puesto que puede por su sola virtud, por su solo movimiento, perder la salud y recobrarla despues de haberla perdido?

Los materialistas añaden á la influencia del cerebro, la de la edad, del temperamento, del sexo, del clima, del régimen, de las enfermedades. Aquí tambien abundan los hechos; pero hay algunos por desgracia de los materialistas, que se les escapan y arruinan sus conclusiones. Cierito es que la edad hace mucho al caso, y que no hay hombre de genio en la lactancia; pero no hace todo, y hay niños á toda edad, como á toda edad hay ancianos. En vano ha adquirido el cerebro consistencia con los años; para madurar el pensamiento se necesita otra cosa: la reflexion, la experiencia, que nada tienen que ver con la dureza y la elasticidad. Todo el arte humano no nos hace envejecer un segundo, pero acelera ó retarda la madurez del espíritu por los preceptos, por la insensible trasmision de una sabiduría inmaterial. Segun Cabanis, la rapidez de la sangre en los primeros años de la temeridad, y su curso lento trae la circunspeccion; y en efecto, la circulacion más ó ménos rápida da la sangre, influye en nuestras ideas y en nuestros deseos; pero el que ha sido víctima de su temeridad, se corrige: ¿acaso su sangre corre ménos rápida? ¿Y el ardor del alma que nos impele á las grandes empresas, depende del calor de la sangre, cuando se ve á todo un pueblo precipitarse, cuando se ve en cuerpos helados una energía indomable, la energía que inspiran las nobles ideas y los grandes sentimientos? El corazon late con mayor rapidez en esos arrebatos, pero el alma es quien le hace latir.

El temperamento inspira ciertas pasiones, y el régimen las exalta ó amortigua; pero ¿se quiere concluir de aquí que el temperamento y el régimen nos dan todas nuestras pasiones y hacen toda nuestra intemperancia ó nuestra virtud? Segun esto, las brillantes conversiones, de donde han salido los justos y los santos, son revoluciones de humores. Sócrates, nacido vicioso, y hecho más tarde un sábio, al atribuir este cambio á la filosofía le rinde un honor innecesario, pues no ve el cambio que se ha operado en sus órganos. San Pablo y San Agustin creen rendirse á una doctrina inmaterial; se agitan por despojar al hombre viejo y crear al hombre nuevo: hay en efecto, un hombre nuevo en ellos, el que crea la vida que sin cesar destruye y transforma sin cesar.

Creemos en la influencia omnipotente del sexo sobre la inteligencia y el corazon; pero olvidemos á Clelia, á Juana de Arco, á Jacqueline Pascal, igual á su hermano por la energía y las virtudes varoniles comunes á toda la familia de los Arnault; olvidemos sobre todo, que el amor de la patria, el amor de la verdad y el sentimiento religioso han inspirado ese valor inquebrantable. No es permitido negar la influencia de los climas; pero no es permitido tampoco creerla invencible sobre las instituciones, la experiencia ó el genio de un hombre. En Francia se cree en el poder del clima y en la omnipotencia de las ideas.

En resumen, los materialistas prueban con hechos ciertos que el cuerpo obra sobre el alma, y los espiritualistas á su vez prueban con hechos igualmente ciertos, que el alma obra sobre el cuerpo y sobre sí misma. Los unos nos prohiben creer que somos puros espíritus; los otros nos prohiben creer que somos pura materia, á merced de las leyes fatales de la naturaleza. La filosofía, recojiendo todas las verdades, afirma que el hombre es al mismo tiempo espíritu y cuerpo, espíritu asociado pasajeraamente á un cuerpo para recibir y devolverle su influencia, formando con él un todo natural. "La verdad no destruye á la verdad."—E. BERSOT, *miembro del Instituto.*